



Cristo vive en mí **3**

Grupos Maristas de Encuentro

La fuente del Reino: la oración

En nuestra reunión queremos caer en la cuenta de la importancia de la oración como fuente de una vida cristiana verdadera.

1. Nos ambientamos para nuestro encuentro

La propuesta de Jesús no es una guía moral repleta de preceptos, sino un camino en Dios. La oración de Jesús es una ventana abierta que nos revela desde dónde vivió su mensaje y sus acciones: desde Dios *Abbá*. Sin Dios, las palabras y las obras de Jesús no tienen sentido. De igual manera, sin oración, sin tiempos para sentir el amor primero, la vida se convierte en desierto. La experiencia de vivir en *Abbá* es la fuente de la vida de Jesús. Vivir en Dios es el secreto de la vida del cristiano. Y es que, como decía el teólogo Friedrich Heiler, «cuando cesa la oración, cesa la religión».

Cuando el corazón siempre llega primero

Un anciano peregrino recorría su camino hacia las montañas del Himalaya en lo más crudo del invierno. De pronto, se puso a nevar copiosamente. Era imposible seguir avanzando sin problemas, pero consiguió encontrar una posada en medio de la nada más absoluta.

Sorprendido por la aparición de un inesperado visitante, el posadero le preguntó: «*¡Qué locura! ¿Cómo ha conseguido, buen hombre, llegar hasta aquí con este tiempo de perros?*»

El anciano cansado, pero sonriente, le respondió: «*Mi corazón llegó primero. Al resto de mí, le ha sido muy fácil seguirle.*»



Provincia Ibérica



maristas

2. La Palabra de Dios, vida y alimento

Evangelio. Mc 9, 2-8 (La transfiguración)

«Seis días más tarde, Jesús toma consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, sube aparte con ellos solos a un monte alto, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo. Se les aparecieron Elías y Moisés conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús: "Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías". No sabía qué decir, pues estaban asustados. Se formó una nube que los cubrió y salió una voz de la nube: "Éste es mi Hijo, el amado; escuchadlo". De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos».

3. Textos para profundizar nuestra fe y nuestra experiencia

La transfiguración

Los tres discípulos que acompañan a Jesús experimentan un encuentro con Dios. Dentro del simbolismo bíblico, el monte representa el lugar de la máxima cercanía de Dios. ¿No se encontraron Elías y Moisés con Dios en el Sinaí? Subir a un monte, entonces, equivaldría a alejarse de lo cotidiano para sumergirse en la presencia de Dios, para escuchar su voz. Y, entonces, en Dios, reconocemos el verdadero rostro de Jesús... y todo se transfigura. Es cuestión de saber mirar, de ponerse las gafas de Dios.

Así, estamos llamados a ser testigos de la transfiguración cada día. No para «plantar tres tiendas», sino para poner el mundo en manos de Dios y acogerse en su seno amoroso.

Abbá, el núcleo del Evangelio

No hay duda de que Jesús utilizó esta palabra para referirse a Dios en sus frecuentes momentos de oración. Abbá es un término arameo que, pese a que los evangelistas escribieron en griego, se mantuvo. Abbá es el primer balbuceo de un niño que comienza a llamar a su padre. Tiene un profundo aroma a hogar. Fue entendido como una provocación, aunque su uso nos continua descolocando aún hoy en día. Y es que la fórmula nos acerca a un modo nuevo de relación expresada en la gratuidad total del Amor. La fraternidad del Reino descansa en este sencillo «papá», que nos recuerda que la oración nos lleva a un centro que nos descentra.



Guardando todo en el corazón

Como nos describe el evangelio, María tenía un corazón profundamente contemplativo. Sabía mirar, admirar y escuchar con humildad. María meditaba todo lo vivido en el interior corazón. No podemos olvidar que la meditación

hace referencia al camino que recorreremos para «ir hacia el centro», al centro de uno mismo para escuchar, sentirse acogido por el Padre y salir a acoger a los demás. La actitud de María, abierta y confiada en Dios, sigue siendo un modelo actual. La oración necesita de la penetrante experiencia de Dios. Por eso un monje pudo decir en el siglo IV que el hombre que ora de verdad es un teólogo, no porque estudie, sino que ha estado con el mismo Dios.

La llamada a la escucha

El *Shemá Israel*, una de las principales oraciones del judaísmo, recuerda una actitud central del creyente: «Escucha, Israel». En la transfiguración también se encuentra presente esta idea y Jesús respondió a un escriba que era el primer mandamiento de todos. La oración brota necesariamente de la escucha, y viceversa. Escuchar es el camino para que la oración sea el eje de nuestra vida, siendo conscientes de esa presencia que está en el centro y nos hace

abrirnos a la realidad. Sin escuchar no podemos convertirnos, es decir, vivir como hijos y hermanos en la fraternidad del Reino. Como pedía el joven Salomón, necesitamos «un corazón capaz de escuchar» no para hacer oración, sino para hacernos oración.

La presencia y el encuentro

«Quienes camina-

mos hoy tras las huellas de Marcelino y sus primeros discípulos nos sentimos cautivados por su dinamismo interior. Adoptamos una manera de ser, amar y actuar según el espíritu de nuestros orígenes. Gradualmente, día a día, vamos profundizando en nuestra experiencia de la presencia amorosa de Dios en nosotros y en los demás. Esta presencia de Dios es una profunda experiencia de sentirnos amados por Él personalmente y la convicción de que Él está junto a nosotros en las experiencias humanas de cada día» (*Agua de la Roca, 16*).

4. Compartimos nuestra experiencia de la oración como la fuente del Reino

- * ¿Qué papel juega la oración en tu vida diaria? ¿Lo valoras como suficiente?
- * ¿Qué espacios son para ti espacios de «transfiguración»? ¿Por qué?
- * Desde esa experiencia ¿cómo bajas a la realidad, al mundo, para ponerlo en manos de Dios?
- * ¿Qué necesitarías para poder seguir bebiendo de la fuente de agua?



5. Oramos como hermanos

Canción para escuchar o cantar: *Señor, enséñanos a orar*

*Señor enséñanos a orar,
a hablar con nuestro padre Dios.
Señor enséñanos a orar,
a abrir las manos ante ti.*

Orar con limpio corazón
que solo cante para ti.
Con la mirada puesta en ti,
dejando que hables, Señor.
Orar buscando la verdad.
Cerrar los ojos para ver.
Dejarnos seducir, Señor,
andar por tus huellas de paz.

Orar hablándote de ti,
de tu silencio y de tu voz,
de tu presencia que es calor.
Dejarnos descubrir por ti.
Orar también es sequedad,
las manos en tu hombro, Señor,
mirarte con sinceridad.
Aquí nos tienes, háblanos.

Rezamos con lo que hemos compartido

«Orar es hablar de amor con quien sabemos nos ama» «También entre los pucheros anda el Señor» (*Santa Teresa de Ávila*)

«Para mí, la oración es un impulso del corazón, una simple mirada dirigida al cielo, un grito de agradecimiento y de amor, tanto en medio del sufrimiento como en medio de la alegría. En una palabra es algo grande, algo sobrenatural que me dilata el alma y me une a Jesús.» (*Santa Teresita del Niño Jesús*)

Compartimos nuestras palabras de gratitud o de alabanza o de petición o... al padre Dios

Oración común

(Se puede rezar esta plegaria cantando al principio, en medio y al final: Dios está aquí, tan cierto como el aire que respiro, tan cierto como la mañana se levanta, tan cierto como yo te hablo y me puedes oír.)

Señor, yo no sé rezar.
Sólo soy capaz de agarrarme a mi soledad.
Me he encontrado muy a menudo
sin esperanza en el mañana,
pero siempre me he sentido acogido por ti.

Padre, yo no sé rezar, porque me cuesta perder,
transformar mi vida, comprometerme y
confiar plenamente en ti.
Pero en el silencio de mi noche,
descubro tu presencia y me siento llamado por ti.

Señor, qué quieres de mí, yo no sé rezar.
Me cuesta encontrar mi sitio,
en la jornada de los hombres,
pero siempre me has conducido hacia ti,
y es en ti, donde aprendo a ser yo mismo.

Señor, yo no sé rezar,
pero sí sé que mi ser se entrelaza con el tuyo.
Necesito sentir tu mano amiga,
tu fuerza en la adversidad.
Por eso te alabo, te agradezco,
te pido, te busco y aunque no sepa rezar,
tú Señor lo sabes todo, tú sabes que te amo.

Tonino Albisetti

Padre nuestro...

